

04-LA FUERZA

Miguel Cobaleda

Cuando hablamos de la FUERZA en términos de naciones y geopolítica, nos estamos refiriendo a su potencia militar principalmente; también a su territorio y riquezas naturales, a su demografía, a su actividad comercial e industrial, a sus infraestructuras, a su peso en el concierto internacional, sí... pero sobre todo a su capacidad militar.

Las cosas han cambiado mucho desde la Segunda Guerra Mundial, el enemigo a batir ahora mismo en Occidente es el terrorismo, como dije ya en la lejana década de los años setenta del pasado siglo, en mi tesis doctoral, cuando afirmé que el terrorismo era la Tercera Guerra Mundial, adelantándome –como en tantas otras cuestiones– a la aparición de los nacionalismos, de los integristas y de los talibanismos. Ahora puede suceder que un aparato militar de cientos de miles de hombres formando un ejército regular formidable, de billones de dólares de gasto militar, más la alianza de cien naciones occidentales, retroceda y escape ante unas cuantas bandas de cabreros armados con kaláshnikov falsificadas por los chinos y compradas en bazares de todo a un euro. Ciertamente que la reciente retirada de los EEUU de Afganistán no se debe a haber perdido la guerra –según repiten como loros los medios de comunicación europeos– sino a haber perdido las ganas de guerra, en especial de esa guerra. Su presidente ha comprendido –supongo que de golpe, una madrugada de insomnio– que ese tal país ni siquiera existe, que no tiene mar, que está en medio de la nada y junto a una cordillera salvaje e intratable, sin riquezas propias –digan lo que digan sobre el litio y el opio los medios que se han roto las meninges para encontrar algo que interese en esa tierra remota– y que, por lo tanto, ya estaba bien de enterrar millones de dólares y miles de jóvenes sólo para fingir que se estaba imponiendo la civilización en un lugar que ha demostrado a lo largo de dos mil años que no la quiere. Y se ha largado con viento fresco dejando a los habitantes y sobre todos a las habitantas con la cabeza al trapo. La mala noticia puede ser que esa nación imperial esté renunciando a sus ambiciones de imperio, y es mala porque los europeos somos un botín muy goloso para integristas de bomba y colonizaciones asiáticas, y ni locos vamos a defendernos –nosotros, que hemos hecho guerras de cien años y guerras de docenas de millones de muertos– ni con policías europeos ni con ejércitos continentales; nos dejaremos llevar al matadero como los corderos viejos y cobardes en que nos hemos convertido, mientras el imperio guarda las fuerzas para cuando tenga que pelear con sus mitrídades de asia.

Contra el terrorismo toda esa fuerza de misiles y portaaviones sirve de poco frente a sujetos que aman la vida tanto –la vida...eterna– como para perder esta otra –la vida presente– llevándose por delante con fulgurantes estallidos a unas docenas de paganos e idólatras. La aldea global y el humanitarismo de politiquero ramplón siembran nuestro paisaje de asesinos suicidas a los que no se puede combatir con un caza de quinta generación. Bien están esos cazas y esos misiles nucleares para cuando el imperio se vea obligado a devastar continentes ajenos para conservar el suyo, cuando convierta el territorio de remotos enemigos en estepas desiertas radiactivas, pero ahora y en nuestro viejo solar europeo lo que necesitamos es un antídoto contra el odio, si es que lo hay o somos capaces de producirlo.

La fuerza tiene derechos o se los toma, moral y jurídicamente no es lo mismo, pero en la práctica geopolítica no se distinguen. La fuerza primeramente se sabe fuerte, en segundo lugar siente nuestra debilidad y finalmente se nos come, porque para eso es depredadora y nosotros

nos hemos convertido en presas. O encontramos la forma de enseñarle a la fuerza que la nuestra es también formidable, letal, igualmente contundente, y que sabemos defendernos del odio, o...

La fuerza es lo que tiene, que no se detiene si no se la detiene.